

EL NACIONALISMO RADICAL EN LA FASE DE MANIOBRA: PEDRO ALBIZU CAMPOS Y EL MITO DE LA NACIÓN PERFECTA

José J. Rodríguez Vázquez

ASPECTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS PARA EL ESTUDIO DEL NACIONALISMO

El análisis que realizo del discurso nacional albizuista está basado en las tesis que sobre el pensamiento nacionalista en los países coloniales ha desarrollado Partha Chatterjee.¹ El autor considera el nacionalismo como un campo compuesto por múltiples discursos complementarios y antagónicos que debaten en torno a su objeto: la representación de la nación. El nacionalismo anticolonial es definido como un campo dinámico y creativo que busca enfrentar la realidad colonial y los “saberes” generados por el campo discursivo colonialista construyendo un proyecto de autovaloración y emancipación del hombre colonizado.

En su debate con el pensamiento colonial-imperial, el campo nacionalista pone en práctica una estrategia discursiva que hace posible, por un lado, reconocer y rechazar las posiciones del discurso imperial

¹ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?* London, Zed Books, 1986. Del mismo autor, *The Nation and Its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories*. New Jersey, Princeton University Press, 1993.

y, por otro lado, asumir la necesidad de la modernización sin negar la importancia de la tradición. Esta estrategia fundamental, que nos permite comprender muchas de las paradojas del nacionalismo, consiste en dividir la sociedad colonial en dos zonas: una material y otra espiritual. La dimensión material, compuesta fundamentalmente por las prácticas e instituciones económicas, políticas y técnico-científicas, es reconocida como la zona de la superioridad metropolitana y del atraso nacional y es donde se plantean proyectos modernizadores que ayuden a reproducir el modelo de desarrollo metropolitano en la nación colonizada. La dimensión espiritual, compuesta fundamentalmente por elementos culturales como la lengua, la religión, las costumbres y las tradiciones que organizan la vida cotidiana, es definida como el lugar de lo interno, o de la identidad. Esta es la zona donde se manifiesta la superioridad de la nación oprimida y es la que debe ser protegida de la dinámica voraz de la modernidad material.²

Son las múltiples formas de combinar las propuestas de transformación del mundo material con la identidad nacional lo que pone de manifiesto la creatividad y la dinámica del nacionalismo. Chatterjee considera que el mismo atraviesa por un proceso de formación y desarrollo que puede estudiarse dividiéndolo en tres fases. En la fase inicial o de arranque, el nacionalismo es una forma de conciencia utópica que todavía no se ha convertido en parte de un movimiento político de masas. En el segundo momento o fase de movimiento lo vemos convertirse en un discurso que sirve de base para organizar fuerzas políticas populares con el propósito de transformar la situación colonial. En este período, el nacionalismo se divide en dos vías, una radical y otra moderada, de realizar el estado-nación moderno. Por último, en un tercer momento o fase de llegada el nacionalismo se convierte en discurso desde el Estado o en nacionalismo oficial transformándose de utopía crítica en ideología legitimadora de un nuevo orden político estatal.³

² Chatterjee, *Nationalist Thought...*, cap. 2; del mismo autor, *The Nation...*, pp. 6-13, 26-27, 48-49, 55, 72-75, 119-121. Sobre las paradojas del nacionalismo véase: Tom Nairn, *Los nuevos nacionalismos en Europa*. Barcelona, Península, 1979.

³ Chatterjee, *Nationalist Thought...*, cap. 2.

En su estudio del pensamiento nacionalista, Chatterjee considera necesario distinguir dos áreas discursivas: la de su problemática y la de su temática. Esto le permite analizar la forma en que el nacionalismo se estructura como un discurso sincrético de las más variadas formas de pensamiento, tanto modernos como tradicionales, y establecer su carácter polémico, así como sus nexos con la práctica política y sus fundamentos epistemológicos y éticos. Para él, la problemática es la parte de un discurso social conscientemente formulada y expresada teóricamente, que asegura la existencia y la realización de una posibilidad histórica; en el caso del discurso nacionalista, la existencia y realización de la nación. Los temas que componen la problemática giran en torno a la afirmación y definición de una identidad nacional vista dentro de diversos contextos históricos (origen, consolidación, crisis, renacimiento y progreso). También se precisa aquí los sectores activos y dirigentes y las relaciones que éstos guardan con “los otros” internos y externos, particularmente las relaciones con las masas populares y con los sectores metropolitanos. Por último, es en la problemática que se establecen los proyectos de reconstrucción material que habrán de devolverle a la nación su armonía y progreso histórico.

La temática, por su parte, consiste de esa zona de un discurso social que justifica los reclamos de la problemática a través del uso de determinados principios epistemológicos y morales. Podemos considerar como elementos constitutivos de esta dimensión del discurso, las evidencias que se presentan, la estructura de inferencias que enlazan lógicamente la evidencia con los argumentos y el conjunto de principios epistemológicos y morales utilizados para demostrar la posibilidad histórica y la legitimidad ética de lo afirmado.⁴

La presente investigación considera que el discurso nacional albiuista posee las características propias del nacionalismo radical en la fase de movimiento en los países coloniales. Nos limitaremos a exponer la parte de su problemática que consiste en afirmar la nación y construir la identidad en polémica con dos fuerzas político-intelectuales: por un lado, con el discurso imperial-colonial y, por otro, con las representaciones de un nacionalismo político moderado ante el cual el nacionalismo radical toma distancia política.

⁴ *Ibid.*, p. 38.

El albizuismo, como nacionalismo radical de la fase de movimiento, es un proyecto consciente de movilización política que busca convertirse en utopía integradora capaz de organizar un frente político que incluya a todas las clases y sectores del país en la lucha contra el imperialismo y la situación colonial. La radicalidad de su problemática debe entenderse como la construcción de una imagen nacional en contraposición con el "Otro imperial" y como un proyecto manifiesto de diferenciación y ruptura con el Estado metropolitano que se visualiza como agente central de una conspiración desnacionalizadora.

Consideramos el nacionalismo albizuista como una utopía radical propia de grupos subalternos que se propone la transformación estructural del orden colonial vigente y la construcción de un nuevo orden político estatal soberano. La radicalidad de su pensamiento plantea como posible y necesario una ruptura revolucionaria con el orden colonial para la realización de una "utopía posible": la consolidación de la nación como Estado soberano. En el espacio de su problemática sería un error considerar el albizuismo un discurso conservador pues este pensamiento se caracteriza por defender el presente como un lugar de orden y considerar con mucho recelo el cambio social que cree posible sólo como proceso gradual. En este sentido, el pensamiento conservador en el mundo colonial está compuesto por los múltiples relatos que dan forma al campo discursivo colonial-imperialista.⁵ Albizu es un intelectual moderno cuyo pensamiento y acción se proponen transformar el presente colonial y modificar la dimensión material de la nación por medio de un proyecto modernizador de su economía y la organización de un Estado que adoptaría la forma de gobierno republicana. Pero lo paradójico del nacionalismo como discurso moderno es su "doble rostro de Jano" que mira hacia el pasado y el futuro. En el espacio de su temática y en la invención de las tradiciones que fundan la dimensión espiritual de la nación, el

⁵ Sobre la utopía y las características del pensamiento radical, liberal, anarquista y conservador véase: Karl Mannheim, *Ideología y utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987; Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 30-36; Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*. Barcelona, Gedisa, 1991.

discurso nacional albizuista mira hacia el pasado sublimándolo en el mito de la nación perfecta.⁶



Grabado de Pedro Albizu Campos, Taller del Grabado Mexicano (Colección Benjamín Torres, Centro de Investigaciones Históricas, Facultad de Humanidades, Recinto de Río Piedras).

LA GESTIÓN IMPERIAL: ORDEN POLÍTICO Y DISCURSO COLONIAL

Luego de finalizada la Primera Guerra Mundial, Puerto Rico se encontró sometido a un nuevo estatuto político administrativo, la ley Jones, que trajo consigo dos cambios importantes: por un lado, la exten-

⁶ Sobre el intelectual tradicional y moderno véase: Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México, Juan Pablos, 1975.

sión del sistema de representación a uno bicameral y, por otro lado, la conversión de la población puertorriqueña en ciudadanos norteamericanos. La metrópoli creyó estas reformas del régimen colonial lo suficientemente atractivas como para consolidar su poderío y apaciguar los reclamos de la elite política del país, al mismo tiempo que solucionaba la situación jurídica de los habitantes de la Isla. Era parte de la misión civilizadora, proclamada desde la invasión del 1898 por el general Nelson A. Miles, la de educar a los nativos en la administración de la cosa pública para que a largo plazo fuese posible una elite política capaz de dirigir el gobierno "local" y, una población de ciudadanos aptos para funcionar dentro de una "sociedad civil" indispensable para un orden democrático.⁷

Sin embargo, las expectativas metropolitanas no se realizaron. Los distintos sectores políticos del país coincidieron en considerar el Acta Jones como una burla a sus reclamos de mayor autonomía administrativa y criticaron la centralización del poder en manos de un gobernador cuyo nombramiento seguía dependiendo de la voluntad presidencial. Las diferencias partidistas desaparecían frente a tres asuntos que conseguían el consenso de los más diversos sectores: la necesidad de que el cargo de gobernador fuese un puesto electivo, los reclamos de una mayor autonomía jurídica y la urgente necesidad de solucionar la cuestión del estatus. A estas preocupaciones comunes, se sumaba un optimismo manifiesto sobre la gestión imperial norteamericana por parte de todos los partidos políticos y organizaciones civiles de la Isla. Unionistas, republicanos y socialistas veían la dominación norteamericana como empresa civilizadora llevada a cabo por "caballeros educados en la escuela de la democracia".⁸ Al iniciarse la década del 1920, la ley Jones era el nuevo estatuto jurídico colonial que reanimaba el largo debate entre un nacionalismo moderado, que

⁷ "Proclama del General Nelson A. Miles" citada en Bolívar Pagán, *Historia de los partidos políticos puertorriqueños: 1898-1956*. San Juan, 1972, 2 tomos, I, pp. 23-24. Véase también, José Trías Monge, *Historia constitucional de Puerto Rico*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 1981, 5 vols., I, pp. 159-161.

⁸ Esta es una actitud permanente en nuestros sectores políticos desde el momento de la invasión. La frase pertenece al Comisionado en Washington Félix Córdova Dávila. Véase, Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 17-339, tomo II, pp. 1-162. Reece M Bothwell, *Puerto Rico: cien años de luchas políticas*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 5 vols, II, pp. 99-702. Trías Monge, *op. cit.*, Vol. I, pp. 135-303, II, pp. 1-279.

reclamaba reformas al régimen colonial al mismo tiempo que reconocía como positiva la gestión imperial norteamericana y un discurso imperial legitimador del orden colonial que consideraba suficientes los cambios ofrecidos hasta el momento.

Desde la proclama del general Miles, el discurso imperial definió la empresa de expansión económico-política norteamericana como el resultado de la realización histórica de los principios de la cultura universal. El imperialismo daba paso a "las más grandes realizaciones de la civilización moderna"⁹ y la metrópoli se proclamaba a sí misma en una misión cultural civilizadora: la de asegurar "la causa de la libertad, de la justicia y de la Humanidad".¹⁰ La conquista se planteaba como liberación, el dominio como reino de la libertad y el invasor como pueblo libre cuya "justicia y humanidad" protegía a todos los que vivían bajo su amparo. El paternalismo dotaba al poder imperial de legitimidad ética al definir su ejercicio como acto filantrópico para liberar y proteger al "otro" colonizado de la opresión de las fuerzas del mal y de su propia debilidad.

En el discurso imperial, Puerto Rico aparecía como víctima inocente de un enemigo común cuya barbarie había llevado el país al desastre y la miseria. Como objeto oprimido, los puertorriqueños no son reconocidos como sujetos autónomos sino como sujetos impotentes que debían ser protegidos por la metrópoli benévola para poder realizarse como parte del progreso de la humanidad. El nuevo colonizador, padre dádivoso, derramaba sobre los colonizados inocentes e inferiorizados sus instituciones liberales y civilizadoras. La conquista, transformada en misión, había conseguido legitimidad ética, y sancionada por el derecho y los tratados, legitimidad jurídica internacional.

Avanzado el tiempo, el misionero universal no consideraba a sus hijos adoptivos aptos para ejercer los derechos de la mayoría de edad. En 1924, el Secretario de Guerra, John W. Weeks, se oponía al reclamo de los puertorriqueños del gobernador electivo señalando que la Isla era un lugar político "inestable", incapaz de establecer un

⁹ "Carta de Nicolás Murray Butler al presidente Mckinley (14 de septiembre de 1898)", en Bothwell, *op. cit.*, Vol. II, pp. 104-106.

¹⁰ "Proclama de Nelson A. Miles", en Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 23-24.

“gobierno responsable”.¹¹ Tres décadas después de la proclama de Miles, el presidente Calvin Coolidge dirigía una carta al gobernador Horace M. Towner, con motivo del cablegrama que le habían enviado Antonio R. Barceló y José Tous Soto reclamando mayor autonomía política administrativa para la Isla, que sintetiza la continuidad inmutable del discurso imperial.¹²

Coolidge comenzaba estableciendo claramente la raíz del poder norteamericano en un derecho de conquista sancionado por un tratado internacional. Estados Unidos había tomado posesión legítima de Puerto Rico y en ningún lugar del Tratado de París se comprometía con un régimen político propio para la Isla y sus habitantes. Aclarada la base del poder, su ejercicio se presentaba como el producto del espíritu democrático norteamericano que paternalmente había creado las condiciones para poner en práctica la educación política de un país que no podía reclamar “en toda su historia” la existencia de un régimen más liberal que el que gozaba en su presente. El relato imperial fundaba, pues, el tiempo espacio originario de la civilización en el 98 y afirmaba como agente histórico del bien a Norteamérica. En el pasado era el caos de la barbarie, interrumpida por el acto misericordioso de la vanguardia de la humanidad que marcaba sobre un territorio vacío y sin pasado el inicio de la historia. Guerreros, sacerdotes y burócratas se combinaban en el tiempo dando forma a la misión imperial de civilizar la Isla. La culminación, la ley Jones, era una “muy liberal carta orgánica” incomprendida por la impaciencia de “pueblos salvajes” que apenas habían logrado asimilar las enseñanzas del mundo civilizado.

La estrategia del discurso imperial consistió en realizar un corte comparativo entre el pasado y el presente fechando la ruptura fundacional en el 98. Apoyándose en el discurso de nuestros letrados de finales de siglo XIX, el pasado era descrito como una época de atraso social y el país como una sociedad sumida en una depresión económica permanente. Suma de carencias, lo puertorriqueño era una ma-

¹¹ Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 226, 253.

¹² El cablegrama de Barceló y Tous Soto se publicó en *La Democracia* el 19 de enero de 1928. La carta de Coolidge está fechada el 28 de febrero de 1928. Véase: Bothwell, *op. cit.*, Vol. II, pp. 372-382. Puede seguirse la polémica y la respuesta de Barceló y Tous Soto, en Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 267-306.

sa sin identidad propia que tropieza con la dicha de ser rescatada por los amos benévolos. A partir del 98 fundacional hasta aquel presente (1928), habíamos asistido al tiempo-espacio de los cambios hacia el progreso, es decir, de las dificultades para educar a “pueblos sin historia” en el ejercicio de instituciones modernas que les eran desconocidas. Período de transformaciones significativas que debían implantarse paulatinamente para no desembocar en un caos contraproducente que pudiese revivir las bajas pasiones de los colonizados.¹³

Durante las tres últimas décadas la metrópoli había instaurado la modernidad de su orden policiaco, su sistema jurídico, su infraestructura económica, su administración sobre los cuerpos y la mente y un gobierno liberal superior incluso a la capacidad organizativa del pueblo colonizado. Estos eran los logros del colonizador que hacían posible el optimismo cuando se pensaba en el futuro del país. Por medio de esta ortopedia social se buscaba corregir un cuerpo social atrofiado “para hacer” un tipo de puertorriqueño física y mentalmente diferente. El discurso imperial despojaba al otro de personalidad y lo reducía a objeto sobre el cual poner en práctica las técnicas disciplinarias de la modernidad.

Al definir al “otro colonizado” como suma de carencias, el discurso imperial, como discurso de poder, le negaba su lugar como pueblo y nación y enfrentaba la acusación de potencia imperial que venían levantando círculos intelectuales latinoamericanos y norteamericanos. El colonialismo desaparecía porque sólo podía suceder sojuzgamiento colonial en pueblos con personalidad política y Puerto Rico no reunía este requisito. La Isla era un conglomerado humano que no había logrado sintetizarse en pueblo y necesitaba ser dirigida por la nación misionera encargada de difundir la civilización moderna por el planeta. El país “no había recibido prácticamente entrenamiento en gobierno propio” y debía ser sabiamente administrado antes de adquirir capacidad para el autogobierno.¹⁴

¹³ “Carta del presidente Coolidge al gobernador Horace M. Towner (28 de febrero de 1928)”, en Bothwell, *op. cit.*, Vol. II, pp. 377-382.

¹⁴ “Carta de Coolidge a Towner”, *ibid.*, pp. 377-379.

EL NACIONALISMO MODERADO O LA NACIÓN AGRADECIDA QUIERE PODERES

Las raíces políticas e intelectuales del nacionalismo moderado comienzan a tomar forma desde el inicio mismo de nuestra vida política en las últimas tres décadas del siglo XIX. La imagen de la nación se va trazando en un nacionalismo de arranque donde las elites políticas y letradas no consideraban posible ni necesario la movilización de las masas populares para rescatar poderes frente a la metrópoli y donde las reformas político-administrativas eran más importantes que cualquier propuesta de ruptura total con la madre patria, España.

Las pautas de este nacionalismo moderado quedaron establecidas a tres meses de la invasión en un juego retórico de reconocimientos, jerarquías diferenciadoras y subordinación que confundía los significados del patriotismo y del servilismo. El Consejo de Secretarios, compuesto por antiguos miembros del Gabinete Autónomo que el 22 de abril del 1898 lanzó un manifiesto invitando a los puertorriqueños a la defensa heroica de la patria española y convocando al país al "holocausto para hacer triunfar las armas españolas", llamaba ahora a los "hechos consumados" y afirmaba su deseo de servir a la nueva metrópoli. Reconociendo muchas de sus preocupaciones en el discurso civilizador imperialista norteamericano, el liderazgo político criollo optó por asumir la "honrosa prueba de confianza" que le hacían los conquistadores para ayudar a extender "las conquistas de la Democracia" en el "pueblo sensato, dócil y digno" que representaban.¹⁵

Unos cambios eran aquí significativos. La imagen que el discurso imperial tenía sobre Puerto Rico era paradójicamente aceptada y rechazada. El nacionalismo moderado dividía en dos el mundo colonial para convencer a la metrópoli de que las limitaciones en el desarrollo material no negaban la existencia de una dimensión espiritual que dotaba al país, o al menos a sus clases más educadas y progresistas, de todos los instrumentos intelectuales y éticos para asumir la modernidad y ponerse al día en la historia del progreso humano. Así, era posible reconocer la importancia de la presencia norteamericana para el progreso material del país sin negar la existencia de una nación con

¹⁵ Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 20-22, 27-28.

personalidad cultural lo suficientemente desarrollada como para poder asumir su dirección político-administrativa.

La bidimensionalidad del mundo colonial se completaba con una diferenciación social fundamental entre las elites y las masas. De esta manera las elites políticas e intelectuales del país, que reconocían la superioridad material metropolitana y la diferencia espiritual con lo puertorriqueño, se empeñaban en convencer a las nuevas autoridades que su visión de la población isleña sólo aplicaba a una masa atrasada de hombres humildes que debían ser civilizados. Esta elite aceptaba el juicio imperial sobre la situación de atraso material y la inferioridad de los sectores populares pero, por otro lado, destacaba las diferencias espirituales entre la metrópoli y la colonia autonombrándose propietarios de una cultura moderna que los capacitaba para dirigir la empresa civilizadora. El nacionalismo moderado creía posible transformar la dominación norteamericana en una alianza de sectores ilustrados. La nueva metrópoli, como vanguardia civilizadora, era la fuente de la esperanza que habría de dar ayuda a los sectores ilustrados criollos para la realización del progreso universal: el desarrollo material del país y la consolidación de su personalidad cultural.

De esta manera, y más allá de las diferencias políticas, que no dejan de ser importantes, los sectores políticos y letrados del país compartieron una visión optimista de la dominación norteamericana, un proyecto modernizador de dirección sobre los sectores populares y el reconocimiento de diferencias que eran saludables conservar y que no imposibilitaban el común empeño civilizador que compartían con la metrópoli. Si bien algunos grupos político-militares norteamericanos no entendían esto, la tarea era "convencerlos" de que la Isla era propietaria de una tradición cultural moderna y occidental, además de que sus elites tenían el potencial dirigente para llevar a cabo felizmente el progreso material, el orden democrático y la cultura universal. Contra estos sectores metropolitanos más "desconfiados" se basaban los reclamos de mayor autonomía de nuestros "hombres honorables", "humillados" por los deslices imperiales del país que fungía como vanguardia en el progreso de la humanidad.

Esta percepción de la metrópoli imperial, de la imperiosa necesidad de una modernización material del país, del urgente mejoramiento de las masas populares que jugaban cada día más un papel

político en los ejercicios “democráticos” que la metrópoli permitía cada cuatro años, y de la diferencia cultural necesariamente reconocida y considerada como beneficiosa para ambos pueblos, fue disolviendo las diferencias partidistas y sentando las bases ideológicas que hicieron posible la fusión política de sectores que habían sido enemigos acérrimos. Un nacionalismo moderado hacía de denominador común de los diversos grupos políticos y permitió que unionistas y republicanos se fundieran en la Alianza Puertorriqueña y los socialistas junto a los republicanos, contrarios a la fusión con los unionistas, llegaron al acuerdo político electoral de la Coalición.

Los diversos sectores políticos coincidían en considerar el país uno “asociado permanentemente a los Estados Unidos por los vínculos indisolubles de la ciudadanía” y visualizaban el imperialismo norteamericano como una empresa moralizadora que haría posible el progreso y la civilización. Las críticas al régimen colonial vigente y las aspiraciones que todos manifestaban de un gobernador electivo y de mayor autonomía administrativa y judicial se combinaban paradójicamente con un panegírico de la dominación norteamericana y una concepción de lo puertorriqueño como zona de encuentro de dos razas y de dos civilizaciones.

El Manifiesto a los puertorriqueños (1924), que dirigen José Tous Soto y Antonio R. Barceló a su regreso a Puerto Rico, luego de uno de sus viajes frecuentes para cabildear reformas al régimen colonial, sintetiza esa concepción de lo norteamericano y lo puertorriqueño que compartían tanto el discurso anexionista (republicano y socialista) como el autonomista y el independentista (unionistas) en vías ya de realizar los pactos aliancista y coalicionista:

La cuestión del estatus final no preocupa por ahora, a los hombre de estado de la Nación (entiéndase Estados Unidos). Puerto Rico es un territorio ya organizado, pero no incorporado, aunque asociado permanentemente a los Estados Unidos por los vínculos indisolubles de la ciudadanía, de acuerdo con una política que tiende a facilitar el completo desarrollo de la vida en todos los órdenes, bajo la influencia de las altas y democráticas instituciones que han hecho libre y grande al pueblos de Norte América.

Formemos en el Mar Caribe una comunidad democrática, libre y próspera, pacífica y progresista que rinda culto a los grandes ideales de

fraternidad y justicia, nutrida en la cuna con la savia generosa de la nación descubridora (referencia a España), educada en la escuela democrática de la nación liberadora (refiriéndose a Estados Unidos), formada al calor de sus propias iniciativas, forjada en el yunque del sacrificio y del propio esfuerzo y redimida por el trabajo y el estudio. Esforcémonos por dar a nuestro pueblo los instrumentos que le son indispensable para cumplir su misión providencial en América; el cultivo y la conservación del idioma histórico, la adquisición y difusión del lenguaje que es indispensable para nuestras relaciones con Estados Unidos. Hablemos a las dos Américas en su propia lengua y ofrezcamos a ellas nuestro suelo, como la arena en que las dos razas y las dos civilizaciones que pueblan el mundo de Colón puedan encontrarse fraternalmente, llevando en las manos las palmas y las olivas de paz del progreso.¹⁶

Cuatro años después la concepción de la metrópoli y la función asignada a Puerto Rico permanecía incólume. En su polémica con el presidente Coolidge, Barceló y Tous Soto manifestaban su acto de fe y reconocimiento a la empresa civilizadora norteamericana cuya bandera "nos cobija" y cuya "ciudadanía ostentamos". Las críticas al régimen de la carta orgánica Jones no significaban un cuestionamiento de la dominación estadounidense y menos aún planteaban la necesidad de una ruptura política. En el discurso nacionalista moderado, como en el discurso imperial, cambio y progreso eran visualizados, dentro de una mentalidad liberal, como un proceso paulatino de reformas que conducen a largo plazo al porvenir común añorado tanto por la metrópoli como por su territorio no incorporado asociado indisolublemente por el nexo de la ciudadanía:

Y no es que nos opongamos a la soberanía americana, a la jurisdicción de los Estados Unidos, no es que deseemos ignorar los beneficios de nuestra asociación con los Estados Unidos; no es que seamos desleales a nuestra ciudadanía americana. Por el contrario estamos ejercitando los derechos inherentes a esa ciudadanía, pidiendo remedios a una condición de inferioridad política y demandando todos los derechos

¹⁶ "Manifiesto a los puertorriqueños de José Tous Soto y Antonio R. Barceló (6 de marzo de 1924)" en *ibid.*, tomo I, pp. 227-234.

de ciudadanía de que los Estados Unidos disfrutaban y que nosotros no disfrutamos.¹⁷

Reconocida la misión imperial como proyecto modernizador y humanizador y luego de manifestada la lealtad indiscutible para con los Estados Unidos, el nacionalismo moderado reclama de la potencia civilizadora la instauración de un orden político afín a los principios liberales y modernos. Pero este reclamo obliga necesariamente a cuestionar la imagen imperial sobre el país colonial. El nacionalismo moderado insiste entonces en que las limitaciones del mundo material no significan la debilidad del mundo espiritual del país y se lanza a confrontar la interpretación del pasado que elaboró el discurso imperial. Se trata exactamente de redefinir la historia cuestionando el relato del pasado bárbaro y el presente civilizador y la imagen deformada del "otro" que se había construido.

Tanto el nacionalismo moderado como el radical emprenden aquí una lucha común frente al relato imperial. Ambos afirman la nación reevaluando su historia y reconociendo sus avances materiales y espirituales. Sin embargo, entre ellos se abre una brecha en la forma de percibir a la metrópoli y sus relaciones con la colonia y en la forma de reconocer los avances y los límites de la nación colonizada. Mientras al nacionalismo moderado le parece indudable el papel positivo de la metrópoli en la modernización de la dimensión material de la Isla y en la aportación de una tradición liberal y democrática a su espacio espiritual; el nacionalismo radical albizuista cuestiona esta modernización y la define como una conspiración para despojar a los puertorriqueños propietarios y reducirlos a una masa de peones y mendigos. Para el nacionalismo radical, la nación era un espacio material y espiritual sólidamente constituido. Además, nuestras raíces culturales hispano-occidentales nos hacían parte de una civilización igual y hasta superior a la de la metrópoli, lo que hacía absurdo asimilar ideas y valores de una cultura diferente.

El nacionalismo moderado afirma la nación construyendo una memoria que revaloriza la representación imperial del pasado. En su

¹⁷ "Carta de José Tous Soto y Antonio R. Barceló al Comisionado Córdova Dávila (2 de abril de 1928)", en *ibid.*, tomo I, pp. 285 (276-306). El cablegrama de Tous Soto y Barceló que originó la polémica y la carta de Coolidge en Bothwell, *op. cit.*, Vol. II, pp. 372-382.

respuesta a Coolidge, Tous Soto y Barceló se sienten obligados a corregir las equivocaciones interpretativas del Presidente. Contra la teoría de una nación sin pasado político, ambos recordaban al Presidente la existencia en Puerto Rico de un gobierno autonómico en 1897 y destacaban los poderes concedidos al pueblo para que ejerciera la dirección de su vida política. Luego procedían a demostrar el carácter antidemocrático del Acta Foraker (1900) con su Consejo Ejecutivo dominado por extranjeros nombrados por el Presidente de los Estados Unidos. Contra la teoría de los privilegios administrativos, destacaron el carácter autoritario del orden político: un pueblo que no elegía su gobernador y un poder centralizado que convertía a éste, con su poder de veto absoluto, en omnipotente, reduciendo la legislatura insular a mero formalismo caricaturesco.

Tous Soto y Barceló recordaban además que Puerto Rico ni siquiera participó en la creación de la ley Jones y que era el Congreso de los Estados Unidos el que podía alterarla según su voluntad. La ciudadanía fue también objeto de reflexión crítica. Los puertorriqueños contaban con una ciudadanía de segunda que no concedía representación congresional; sólo un comisionado sin derecho a voto y no se participaba en la elección del presidente y vicepresidente de los Estados Unidos.

Para contrarrestar la imagen del siglo XIX que había construido el discurso imperial, el nacionalismo moderado realiza una "lectura" revalorativa del pasado. Apoyándose en el mismo escrito de Coll y Toste citado por Coolidge destacaban los elementos materiales y espirituales que confirmaban históricamente la existencia indudable de la nación puertorriqueña: una base económica equilibrada de pequeños propietarios, un comercio próspero con una balanza comercial favorable a la Isla, un mundo laboral donde la proletarización no se había realizado plenamente y privado al trabajador de su acceso a la tierra y donde la clase propietaria era criolla. El desarrollo político de la Isla comenzó en 1812 con la elección de Ramón Power a la Asamblea Constituyente de Cádiz, pasaba por la gesta abolicionista de una clase propietaria noble que abogó por la erradicación de la esclavitud con o sin compensación y culminó con el gobierno autonómico:

... el progreso de la Isla era continuo y persistente. Puerto Rico era un país compuesto principalmente de dueños de pequeñas haciendas; el balance de nuestro comercio exterior era siempre favorable a la Isla; el costo de vida era mucho más bajo que lo que es al presente, los trabajadores tenían la oportunidad de cultivar pequeñas parcelas de terreno en beneficio propio, y los absentistas eran casi desconocidos. Y es de gran significación el hecho de que en 1897 la Isla había entrado en una nueva era de libertad con la concesión de una completa autonomía que ponía sus destinos por completo en manos de los puertorriqueños.¹⁸

En medio del debate político partidista y de la lucha del discurso imperial con el nacionalismo moderado unionista-aliancista, una nueva voz llevaba al nacionalismo de movimiento hacia posturas más radicales. La relación imperio-colonia dejaba de ser vista como empresa civilizadora; la jerarquización valorativa de las civilizaciones americanas, los espacios anglosajón y latinoamericano, eran invertidos y reconsiderados como campos distintos e iguales y el pueblo oprimido creaba conciencia de un pasado feliz como una sociedad material y espiritualmente desarrollada que se había realizado plenamente como nación moderna.

NOSOTROS Y LOS OTROS: LA INVENCION DEL YO COMO DIFERENCIA Y LA INVERSION DEL RELATO IMPERIAL

El Partido Nacionalista Puertorriqueño se fundó en 1922 bajo la dirección de José S. Alegría y José Coll y Cuchí. El mismo fue un desprendimiento de sectores que militaban dentro del unionismo puertorriqueño y que defendían la independencia como solución al estatus político de la Isla. Luego de las elecciones de 1920, estos sectores se habían organizado en dos asociaciones, la Asociación Independentista, presidida por Alegría y la Asociación Nacionalista, dirigida por Coll y Cuchí, pero ninguna de éstas se visualizaba como embriones de algún partido político. La semilla de la discordia que llevó a la ruptura sucedió cuando los titubeos del unionismo en torno a la independencia como solución al estatus político de la Isla se unieron al proyecto Campbell para convertir

¹⁸ "Carta de Tous Soto y Barceló a Córdova Dávila", en Pagán, *op. cit.*, tomo I, pp. 290.

a Puerto Rico en un Estado Libre Asociado y desembocaron en la adopción de la autonomía, silenciando la demanda independentista. En sus primeros años de vida el Partido funcionó más propiamente como una organización cultural y su efectividad política fue prácticamente nula alcanzando apenas 399 y 329 votos en la elecciones de 1924 y 1928.¹⁹

Temprano en la década del 20, el presidente norteamericano Warren G. Harding había nombrado a E. Montgomery Reilly como gobernador de Puerto Rico (29 de julio de 1921). El nuevo gobernador desató una política de persecución contra el unionismo independentista que provocó una crisis interna en el partido. La elite política unionista, que había reinado en la administración colonial desde 1904, vio cuestionados sus privilegios por un gobernador cuya mentalidad imperial no podía reconocer la personalidad dual del unionismo: esa de ser profundamente puertorriqueños e incondicionales norteamericanos. Definida como ambiciosa de poder y gente de poco fiar, Reilly decidió desplazar a las elites del nacionalismo moderado criollo en favor de figuras y sectores que fuesen abiertamente favorecedores de la presencia imperial norteamericana.

La gestión de Reilly obligó al unionismo a reforzar su moderación y a reconsiderar las diversas opciones políticas con relación al estatus de la Isla. Los testimonios de lealtad a la metrópoli se combinaban ahora con el fervor patriótico según el orgullo herido del unionismo se debatía en el dilema del ser o no ser. La agitación política convirtió la defensa de la "puertorriqueñidad" en bandera de lucha del nacionalismo moderado que decidió continuar repitiendo su discurso de patriotas puertorriqueños incondicionales de la metrópoli.

Sin embargo, lo que para el unionismo fue simplemente una confirmación de la urgente necesidad de lograr la concesión del gobernador electivo, fue para el joven abogado ponceño, Pedro Albizu Campos, recientemente llegado a la Isla desde los Estados Unidos, el gesto que sintetizaba la política conspirativa del imperialismo norteamericano. De esta manera se decidió a participar en la vida política del país ingresando en el Partido Unión de Puerto Rico en 1923. En un primer momento Albizu creyó posible convertir el unionismo en un gran movimiento político nacional (la Alianza) contra el colonialismo.

¹⁹ *Ibid.*, tomo I, pp. 211-214; Trías, *op. cit.*, Vol. II, pp. 111-139.

Las similitudes interpretativas con el nacionalismo moderado unionista posibilitaron su acercamiento político. Pero esta visión no duró mucho tiempo. Ya para mayo de 1924 la ruptura con el unionismo era un hecho y la Alianza se le presentaba como una organización colonialista que se negaba a defender el derecho de Puerto Rico a su soberanía. Descartados los otros partidos políticos, el Partido Nacionalista pasa a considerarse el único y verdadero partido de la independencia nacional.²⁰

En términos ideológicos y políticos asistimos a un desplazamiento significativo. En donde el nacionalismo moderado veía solamente los desatinos de un individuo, el albuzismo inició una reinterpretación de la gestión imperial rompiendo con su discurso y con el nacionalismo moderado que la definían como misión civilizadora. Era necesario repensar la relación Estados Unidos-Puerto Rico y reconocerla como una relación de explotación y opresión entre metrópoli-colonia y desde aquí reconsiderar la representación del nosotros y los otros que había realizado el discurso imperial. El nacionalismo moderado era ciego a la realidad del imperialismo norteamericano y estaba atrapado por las formas de pensamiento del enemigo.

Desde el inicio mismo de su vida política, Albizu asumió la problemática de todo discurso nacionalista: afirmar la nación distinguiéndola de otras unidades nacionales y polemizar contra los distintos tipos del discurso colonial que negaban su existencia o desconocían su condición subordinada frente al imperialismo norteamericano. Ambos aspectos se cristalizan en su discurso mediante un modelo comparativo organizado a través de parejas antagónicas: yanquis/puertorriqueños, barbarie/civilización, latifundio/pequeña propiedad, mal-

²⁰ Pedro Albizu Campos, "La disolución del Partido Unionista y el nacionalismo puertorriqueño", *El Mundo*, 17 de mayo de 1924; "Entrevista", *Poliedro*, 8 de enero de 1927; "Entrevista", *Los Quijotes*, 11 de junio de 1927 en Pedro Albizu Campos, *Obras escogidas* (introducción y selección de Benjamín Torres). San Juan, Jelofé, 1975, 1982, 3 tomos, I, pp. 29-31, 34-37, 42-43. Recientemente este período de la vida política y del pensamiento albuzista ha llamado la atención de algunos estudiosos. Véase: Amílcar Tirado Avilés, "La forja de un líder: Pedro Albizu Campos (1924-1930)" en Juan Manuel Carrión, Teresa García Ruiz y Carlos Rodríguez Fraticelli (eds.), *La nación puertorriqueña: ensayos en torno a Pedro Albizu Campos*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1993, pp. 65-81; Carlos Rodríguez Fraticelli, "Pedro Albizu Campos: estrategias de lucha y luchas estratégicas" en *ibid.*, pp. 121-138.

/bien, caída/redención, externo/interno, ajeno/propio.²¹ Se trataba de una estrategia indispensable en un discurso polémico y político que enfrentaba a otros discursos y se proponía cuestionar y transformar la realidad colonial.

El nacionalismo radical albizuista compartía con el nacionalismo moderado la afirmación de la nación que negaba el discurso imperial. Ambos tipos de nacionalismo de movimiento reconocían las diferencias materiales y espirituales indudables con relación al mundo metropolitano pero, el albizuismo hacía de estas diferencias una nueva jerarquización valorativa. El nacionalismo moderado aceptaba el atraso material y la empresa modernizadora imperial y sostenía que las diferencias culturales entre metrópoli y colonia no tenían consecuencias políticas por lo que era posible definir el país como zona de encuentro entre las dos civilizaciones que poblaban América. El albizuismo, por su parte, puso en práctica una estrategia de afirmación que consistió en confrontar los dos mundos para reevaluar la dimensión cultural y material del mundo colonial. La nación se construía en oposición al "otro significativo"²² y Puerto Rico se pensó, en contraste con la metrópoli imperial, como una comunidad propietaria de una civilización superior y más antigua que la de Estados Unidos:

Ningún régimen colonial es aceptable en un país como el nuestro, de una civilización más antigua que la de sus gobernantes y de una cultura por lo menos igual a la de éstos.²³

Asistimos aquí a una de las principales paradojas del discurso nacionalista: rechazar el discurso colonial reproduciendo su modelo esencialista. El nacionalismo radical de la fase de movimiento, en su carácter polémico y político, reproduce de forma invertida el esen-

²¹ Silvia Álvarez Curbelo, "La patria desde la tierra. Pedro Albizu Campos y el nacionalismo económico antillano" en *Posdata*, Río Piedras, año 1, num. 3, p. 8. También en Carrión, García Ruiz y Rodríguez Fraticelli (eds.), *op. cit.*, pp. 83-95.

²² Sobre la cuestión del "otro" véase: Edward W Said, *Orientalismo*. Madrid, Libertarias, 1990. Del mismo autor, *Culture and Imperialism*. New York, Alfred A. Knopf, 1993. Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*. México, Siglo XXI, 1987. Del mismo autor, *Nosotros y los otros*. México, Siglo XXI, 1991.

²³ Albizu, "Importante acto político", *El Mundo*, 31 de enero de 1923; "El Estado federal para Puerto Rico no es aceptable...", *El Mundo*, 2 de junio de 1923 en *Obras escogidas...*, tomo I, pp. 12-13, 15.

cialismo diferenciador y jerarquizador del discurso colonial. Por un lado, se afirman las diferencias insalvables que existen entre metrópoli y colonia como dos cuerpos metafísicos propietarios cada uno de sus respectivas características y, por otro lado, se invierte la jerarquización valorativa del discurso colonial afirmando la superioridad de la nación dominada sobre la potencia imperial.²⁴ Para Albizu, Puerto Rico y Estados Unidos constituyen dos unidades político-culturales diferentes, siendo cada una de ellas, portadora de su propia historia y de sus propios elementos constitutivos. Factores materiales, como la población y el territorio, y factores espirituales, como la cultura y la voluntad de identidad, aseguran la existencia de cada nacionalidad y hacen imposible la asimilación de una por la otra:

La nación (Estados Unidos) ha sido gobernada y es gobernada por los descendientes de angloceltas o de anglosajones, que son los que le han dado forma. No se ha admitido a la unión a ningún Estado a menos que en él no haya adquirido ascendencia definitiva estos elementos étnicos. En Puerto Rico eso es imposible, por nuestro aislamiento geográfico, por la densidad de nuestra población que no podría ser sustituida, por la diferencia de raza e idioma, porque poseemos una cultura por lo menos igual a la de nuestros gobernantes, siendo herederos directos de la única civilización que hay en Occidente y porque nuestro pueblo se resiste tenazmente a perder su personalidad histórica.²⁵

Uno de los puntos que distinguen la problemática del nacionalismo radical del moderado en la fase de movimiento es su visión de la metrópoli. Mientras en el discurso moderado la metrópoli se presenta como "ideal del yo", clímax histórico de la modernización y la democracia y como "pueblo amigo" que habrá de ayudar al desarro-

²⁴ Sobre estos "nexos" del nacionalismo con su enemigo, el discurso colonial, puede consultarse: Ranajit Guha, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India" y "The Prose of Counter-Insurgency" en R. Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*. New York, Oxford University Press, 1988, pp. 37-86. Chatterjee, *The Nation and Its Fragments*; Edward W. Said, *Culture and Imperialism*; Carlos Pabón, "De Albizu a Madonna: para armar y desarmar la nacionalidad", *Bordes*, Río Piedras, núm. 1, (1995), pp. 22-40.

²⁵ Albizu, "Conferencia el Día de la Raza (1923)" en *Obras escogidas...*, tomo 1, pp. 20. También en "Entrevista: El estado federal para Puerto Rico no es aceptable...", *El Mundo*, 2 de junio de 1923; "Entrevista" *El Mundo*, 17 de abril de 1927; "Entrevista" *Los Quijotes*, 11 de junio de 1927, *ibid.*, pp. 15, 39, 45.

llo de la nueva nación en su fase independiente, el nacionalismo radical plantea una ruptura total con la metrópoli y la define como un cuerpo imperial poderoso y ambicioso que constituye una amenaza política para toda la humanidad y especialmente para Iberoamérica y Puerto Rico.

Las diferencias insalvables son presentadas dentro de la dicotomía ilustrada de civilización y barbarie y no de civilización y cultura como hacía el nacionalismo aristocrático de la fase de arranque.²⁶ En una visión prearielista, Albizu piensa la situación colonial de Puerto Rico, y las relaciones entre Norteamérica e Iberoamérica, como la expresión de una debilidad moral y no como el producto de la superioridad material de la civilización norteamericana. Este derrumbe espiritual era el producto de asumir como ideal una modernidad desnacionalizadora y bárbara. El albizuismo manifiesta aquí una de las características principales del discurso nacionalista radical en la fase de movimiento: la de afirmar la personalidad indiscutible de la nación sometida a una situación colonial y su capacidad para realizar su independencia como un producto de la superioridad de su civilización y su cultura. En esta fase, el nacionalismo radical no reconoce el poderío de la cultura material metropolitana y el país imperial queda definido como un país "huérfano de cultura", frente al cual el nacionalismo debía levantarse para evitar que "el imperio de la barbarie derrumbe nuestra civilización":

Estados Unidos es el peligro para la humanidad entera, y especialmente para Ibero América por su política absorbente.

En Europa y en América hay una civilización de origen greco-romano y de la cual somos los puertorriqueños herederos directos por nuestra vinculación con España. Esa civilización ha degenerado en Estados Unidos. Los conocimientos que ella ha brindado al hombre, los norteamericanos los han dedicado para explotar a los inmigrantes y a los negros dentro de sus fronteras, y ahora pretenden seguir la misma obra con las naciones vecinas. Carentes de responsabilidad en las relaciones humanas, para ellos todos los medios son buenos si se trata de aumentar su riqueza material. Y eso no es civilización sino barbarie armada de algunos conocimientos de la civilización. Los norteamerica-

²⁶ Este nacionalismo aristocrático de arranque lo ejemplifica Antonio S. Pedreira. Véase de dicho autor *Insularismo. Ensayo de interpretación puertorriqueña*. Madrid, Tipografía Artística, 1934.

nos nada tienen que ofrecer al mundo para su mejoramiento a menos que no sea la destrucción de su imperio.²⁷

En esta empresa de construcción del “nosotros” en oposición a “los otros”, la inversión de las imágenes llega incluso a cuestionar la existencia misma del “otro” como un cuerpo nacional. Las profundas desigualdades étnicas y sociales y el carácter evidentemente clasista del Estado norteamericano, como servidor del capital, demuestran para Albizu que esta comunidad no había conquistado todavía los grados de homogeneidad social y fusión espiritual propios de una nación. Cabe destacar dos posiciones que resultan significativas. Por un lado, Albizu, como buen liberal, está definiendo la nación como un producto histórico y no como un cuerpo natural. Las naciones se hacen y pueden también ser destruidas. Por otro lado, su toma de conciencia de la dinámica capitalista y de la lucha de clases en los Estados Unidos, así como de la relación entre Estado y clases dominantes se combina con una concepción liberal que define la nación como un cuerpo transclasista y al Estado nacional como guardián del bien común:

En los Estados Unidos un grupo pequeño o clase dirigente explota a la casi totalidad del país; no existe allí una sociedad o una nación en el recto sentido del vocablo sino un gran conglomerado que sufre la opresión de la exigua clase oligarca a quien no le preocupa ni la suerte ni mucho menos el engrandecimiento común de la masa del país. En Puerto Rico había al contrario una homogeneidad entre todos los componentes y un gran sentido social interesado en la recíproca ayuda para la perpetuidad y conservación de la nación, ésto es un sentimiento raigal y unánime de patria.²⁸

La necesidad de afirmar la nación a partir de la construcción de las diferencias insalvables entre la metrópoli y la colonia puede hacer creer al pensador universalista (liberal, conservador o marxista), obsesionado con una lectura crítica del nacionalismo, que estamos en pre-

²⁷ Albizu, “Entrevista”, *Poliedro*, 8 de enero de 1927; “La autonomía no es posible dentro del régimen constitucional norteamericano” (dos partes), *El Mundo*, 21 de agosto de 1930 y 30 de agosto de 1930; “Proclama para celebrar el Grito de Lares”, *El Mundo*, 22 de septiembre de 1933 en *Obras...*, tomo I, pp. 35-37, 124-125, 273; “La bandera de la raza”, *El Mundo*, 30 de mayo de 1934 en *ibid.*, tomo II, pp. 32-33.

²⁸ Albizu, “Discurso en Mayagüez”, *El Mundo*, 13 de febrero de 1931 en *ibid.*, tomo I, p. 184.

sencia de una xenofobia invertida llevada a cabo por una ideología de odios fanáticos que imposibilita la comunicación entre las naciones y los seres humanos.²⁹ Es importante tener presente que en la fase de movimiento, el discurso nacionalista resalta las diferencias como un mecanismo de defensa político-cultural y que su aspiración al reconocimiento de cada nación le parece un supuesto básico indispensable para la creación de una verdadera comunicación y armonía internacional. Lo universal es lo múltiple y sólo se realiza en la diversidad. Relato contradictorio que define lo mundial como un espacio heterogéneo orientado por grandes principios universales. El reconocimiento de la diversidad y la oposición a la dominación y explotación de una comunidad por otra son aspectos importantes de la problemática política del nacionalismo albizuista que aspira a que las futuras relaciones entre Estados Unidos y Puerto Rico, y entre todas las naciones de este hemisferio, se establezcan en un plano de igualdad y mutuo reconocimiento regulado por el Derecho:

Nuestra patria será una nación libre y soberana contra la voluntad de Estados Unidos. Su independencia sin limitaciones así como la de las naciones del Caribe y de Centro América bajo la influencia perniciosa de Estados Unidos actualmente, se impondrá como una necesidad

²⁹ Esta es una postura que comparten intelectuales formados en las más distintas tradiciones teóricas. Por el lado conservador puede consultarse: Elie Kedourie, *Nationalism*. London. Hutchinson, 1960; Isaiah Berlin, "El retorno del bastón, sobre la ascensión del nacionalismo" en Gil Delanno y Pierre-Andre Taguieff (comp.), *Teorías del nacionalismo*. Barcelona, Paidós, 1993, pp. 425-449. Por el lado liberal: Edward H. Carr, *Nationalism and After*. New York, Macmillan, 1945; Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1949 y *El nacionalismo. Su significado y su historia*. Buenos Aires, Paidós, 1967; Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*. Véase también los escritos de de L. Kolakowski y E. Gellner aparecidos en "Reconstructing Nation-State", *Daedalus. Journal of the American Academy of Arts and Science*, Summer, 1993, Vol. 122, Núm. 3. En el campo marxista véase: Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Raza, nación y clase*. Madrid, IEPALA, 1991. En Puerto Rico la acusación abarca a todos los enemigos políticos del albuzismo desde teóricos imperialistas hasta defensores del nacionalismo moderado de llegada e intelectuales progresistas y marxistas: funcionarios del aparato colonial como Ernest Gruening, líderes del nacionalismo moderado como Antonio R. Barceló, intelectuales orgánicos del populismo como Jaime Benítez y Antonio J. Colorado, estudiosos progresistas como T. Mathew y Gordon K. Lewis, juristas como José Trías Monge, políticos como Luis Muñoz Marín y marxistas como José Luis González.

universal que sostenga el equilibrio entre las naciones y un estado de derecho entre ellas en este hemisferio.³⁰

LA AFIRMACIÓN DE LA NACIÓN: LA IDENTIDAD INTEGRADORA O LA IMAGEN DE LA NACIÓN PERFECTA

El carácter político del discurso nacionalista en la fase de maniobra acentúa su función integradora y su papel como concepción del mundo capaz de organizar la hegemonía de las clases fundamentales de la sociedad capitalista. Frente al poder imperial y a la necesaria confrontación con sus fuerzas económicas, políticas, militares e intelectuales, el discurso nacionalista radical construye la imagen de una nación perfecta cuya integración ha transmutado las diferencias étnicas y sociales en un todo orgánico. Se trata de la “comunidad imaginaria” propia de una utopía que aspira a convertirse en fuerza política popular-nacional orientada hacia el logro de la soberanía.³¹

La “invención” de esta “comunidad imaginaria” implica el manejo de lo que podemos considerar una teoría de la nación. En el discurso albizuista los paradigmas liberal y romántico de la nación se mezclaban y se reforzaban mutuamente. Por un lado, el modelo romántico servía para definir la nación como un orden cultural armonioso preestatal, portador de su propia espiritualidad. Por otro lado, la concepción liberal de la nación como voluntad política y como cuerpo con derechos y deberes reconocidos por sus iguales le servía para destacar la función de la conciencia en la praxis política constitutiva de la nación. Este cuerpo político-cultural se constituía a partir de una base material indispensable, la población y el territorio, que se transmutaban en carácter nacional cuando a través de la historia se convertían en una comunidad cultural integrada que expresaba su personalidad colectiva en su lenguaje, costumbres, visión religiosa y hechos históricos significativos.

³⁰ Albizu, “Entrevista”, *Poliedro*, 8 de enero de 1927 en *Obras escogidas...*, tomo I, pp. 36-37.

³¹ Sobre el nacionalismo radical en la fase de movimiento véase: Chatterjee, *Nationalist Thought...*, cap. 2,4. Sobre el concepto de comunidad imaginaria véase: Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, Verso, Revised Edition, 1994.

La realización de esta comunidad cultural requería para su conversión en sujeto histórico, la manifestación de su voluntad política. Esta confirmaba la existencia de la nación como un cuerpo homogéneo que había superado sus diferencias sociales internas en una nueva unidad espiritual. La nación, más allá de las diferencias étnicas y sociales, era una comunidad que desde una base material creaba su propio espacio cultural y político. Así, la población y las clases sociales pasaban a convertirse en pueblo y raza, el territorio en patria y la nación cultural en portadora del derecho natural de erigirse, por el poder de su deseo, en nación política.

Un último factor completaba su teoría sobre la nación: la situación internacional. Albizu reconocía la importancia de la coyuntura internacional en el proceso histórico de formación de los estados-nacionales modernos. Cuando el período histórico era uno de ascenso de una metrópoli imperial, o de un nuevo imperio que entraba en la competencia por el reparto del mundo, se hacía muy difícil para una nación dominada romper los lazos de opresión y conquistar su soberanía. Por el contrario, en fases de crisis imperial los pueblos subordinados podían encontrar apoyo para su lucha de liberación y aprovechar la debilidad metropolitana para subvertir el orden político y alcanzar su independencia. De aquí la importancia de la organización política de la nación subordinada para enfrentar el poderío imperial y evitar, algo que Puerto Rico ya había experimentado, su repartición como botín de guerra entre extraños poderosos.³²

Para Albizu, Puerto Rico era "el pueblo más homogéneo de América" y un producto de los elementos aportados por la cultura y la civilización hispánica. Se trataba de una familia auténtica cuya perfecta unidad quedaba confirmada por su decisión política. Este modelo integrador hacía desaparecer las discordias internas y las luchas sociales al mismo tiempo que afirmaba la existencia de la nación como un orden natural portador de una espiritualidad mística que la hacía indivisible e indestructible. La evidente existencia de la nacionalidad puertorriqueña conllevaba los reclamos de sus derechos natu-

³² Albizu, "Defensa del protectorado frente a la agresión del tirano", *El Mundo*, 27 de septiembre de 1930 en *Obras escogidas...*, tomo I, pp. 134-136.

rales pues toda nación, entendida como un cuerpo cultural integrado, tenía el derecho natural a su independencia o soberanía.

¿Qué hace existir la nacionalidad puertorriqueña? En primer lugar, existen dos factores objetivos que parecen ser indispensables para la formación de toda nación moderna: la especificidad territorial y la población. Para Albizu, somos propietarios de un territorio y nos hemos convertido paulatinamente en pueblo; somos una raza autoconciente de sus raíces que ha transformado la tierra en patria. La nacionalidad puertorriqueña ha nacido de la historia y es portadora de una historia en la que se han manifestado los elementos culturales y políticos de su identidad.

En segundo lugar, nuestra nacionalidad ya ha realizado históricamente su voluntad política. Para Albizu, la Carta Autonómica de 1897 significó el reconocimiento de nuestra soberanía y nos asignó un lugar en el mundo de las naciones. Apoyándose en el discurso jurídico burgués que afirma el principio de autodeterminación de las naciones como parte de los derechos naturales de una comunidad, concluye que la nacionalidad puertorriqueña alcanzó en el 97 su condición de estado-nación independiente. El colonialismo es antinatural y por tanto ilegítimo e inhumano. El orden natural, por su parte, es el que sanciona la existencia de las naciones.

En tercer lugar, está la existencia misma de la nación como comunidad cultural preestatal. Somos un pueblo con una historia propia que ha heredado de sus orígenes hispanos los instrumentos esenciales de su quehacer cultural. Propietarios de una lengua, de unas costumbres y valores y de una concepción religiosa cristiana de tipo católica nos hemos fraguado en la historia como unidad social con conciencia de sí misma y deseo político. Existimos, pues, como propietarios de una cultura que es base y producto de la actividad colectiva.

En cuarto lugar, está el reconocimiento internacional de la nación puertorriqueña. Los derechos políticos suponen el reconocimiento de una personalidad autónoma por parte de los iguales. Es el apoyo de otros estado-naciones a la independencia de Puerto Rico lo que confirma su existencia como nación. Por último, queda la dimensión ética de nuestro proceso histórico. En la historia hemos plasmado, con el sacrificio de nuestros héroes políticos, la voluntad manifiesta de nuestra nacionalidad. Tenemos la gesta memorable realizada por

una vanguardia ejemplar en la que maduró nuestra disposición de ser:

Esta situación de derecho en que se halla Puerto Rico está abonada por el derecho natural de nuestra patria a ser libre, soberana e independiente; por la plasmación afortunada y precoz de nuestra nacionalidad, homogéneamente ceñida, que constituye una unidad perfecta, por la adhesión internacional que nuestra causa ha logrado; por el propio reconocimiento que de ese derecho hizo el poder ejecutivo de los Estados Unidos al endosar el proyecto Tydings y, finalmente, por la voluntad inquebrantable de nuestros patriotas, por la sangre y las vidas de nuestros héroes y mártires.³³

La nación puertorriqueña encuentra así resumida su existencia como un producto natural de la Historia donde se condensa una personalidad cultural reconocida con la disposición política de constituirse en cuerpo autónomo y soberano. El nacionalismo albizuista defiende el derecho de toda nacionalidad a tener su propio Estado y piensa la ausencia de soberanía como una amenaza a la existencia misma de la nación. Si la nación no realiza su naturaleza, se degenera y desaparece pues la evolución de toda nacionalidad (nación cultural) desemboca necesariamente en el estado-nación (nación política). La dinámica natural de los cuerpos sociales no podía ser violentada por la fuerza de un poder extraño o por la enajenación de los nacionales. No existía el derecho a ser esclavo y un mecanismo jurídico como el plebiscito era inapropiado y ofensivo cuando se le aplicaba a naciones ya constituidas.

No hay ningún caso en la historia que se haya hecho uso del plebiscito para determinar el estado político de que ha de gozar una nacionalidad constituida, como la nuestra. Y es que consultar la voluntad de una nación sobre si quiere o no ser libre constituye una ofensa, pues siendo, como es, la independencia la vida misma de la nacionalidad es atentar contra su existencia el plantearle ese dilema.³⁴

En el espacio de su problemática, el albizuismo afirmaba la nación como un cuerpo social homogéneo y perfecto; un mundo de

³³ Albizu, "El Partido Nacionalista ante el plebiscito" en Pedro Albizu Campos, *La conciencia nacional puertorriqueña*. Introducción y selección de Manuel Maldonado Denis. San Juan, Compromiso, 1986, p. 83.

³⁴ *Ibid.*, p. 84.

opulencia económica, de desarrollo cultural, de libertad religiosa y de vida institucional comunal. La imagen está ya presente en su discurso desde los inicios mismos de su vida política y es una constante en su visión de la nación puertorriqueña. Albizu se afana por afirmar la nación puertorriqueña como un cuerpo sólidamente constituido e indestructible, que debe realizar su naturaleza como nación soberana.

Es importante detenernos en esta representación porque la misma constituye uno de los pilares fundamentales de su discurso y nos obliga a considerar las funciones del mito en la lucha del discurso nacionalista con el discurso colonial. El mito de la nación perfecta busca fundar la nación como un tiempo y espacio sagrado. Como en todo mito cosmogónico, la nación queda referida a un tiempo y espacio originario paradisiaco. La historia profana se sacraliza como creación de la nación y es esta irrupción del orden perfecto la que da sentido a nuestra historia y la que debe orientar nuestro comportamiento socio-político. La perfección de los orígenes contrasta con un presente de crisis y su reactualización es indispensable para la renovación-restauración de las fuerzas originarias que permitan emprender el nuevo ciclo histórico poscolonial.³⁵ En una entrevista concedida al director de la revista *Los Quijotes*, Albizu señalaba:

Puerto Rico es el pueblo más homogéneo de América y de mayor densidad poblacional con más de 350 habitantes por kilómetro cuadrado, de cultura y civilización hispánica.³⁶

La nación perfecta era el producto histórico de la fusión armónica de distintos grupos étnicos en una gran unidad cultural. El proceso integrador estuvo capitaneado por una pléyade de hombres cultos que hicieron posible la abolición de la esclavitud y que constituyen nuestra tradición y vanguardia contra la dominación y la desnacionalización intentada por Estados Unidos:

³⁵ Sobre el mito véase: Mircea Eliade, *Mito y realidad*. Barcelona, Labor, 1983; *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Labor, 1985; Leszek Kolakowski, *La presencia del mito*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973; G. S. Kirk, *El mito*. Barcelona, Paidós, 1990; Jacques LeGoff, *El orden de la memoria*. Barcelona, Paidós, 1991; Gianni Vattimo, "El mito reencontrado" en *La sociedad transparente*. Barcelona, Paidós, 1994, pp. 111-132.

³⁶ Albizu, "Entrevista", *Los Quijotes*, 11 de junio de 1927 en *Obras escogidas...*, tomo I, p. 45.

No existe en la unión americana un estado comparable con nosotros en homogeneidad étnica, en cultura y con una historia tan rica en páginas luminosas. Abolimos la esclavitud sin derramar una gota de sangre; dimos soldados ilustres como Valero y Rius Rivera a la causa de la independencia de América. Hemos aportado valores sentimentales a la cultura hispanoamericana, en nuestra tierra nació Morell Campos que fue el primer músico de América. Dimos al doctor Stahl, uno de los sabios botánicos más notables del continente. Afortunadamente la personalidad creada por estos hombres de cultura no ha desaparecido y esta es una barrera que nos defiende contra los planes de conquista del invasor.³⁷

Para Albizu, no había duda de la existencia de una nacionalidad ya constituida para el 1898. Los norteamericanos encontraron “una nación hecha, mucho más adelantada que sus provincias ‘estados’ y comparable favorablemente con cualquiera de sus ‘estados’ más avanzados”. La nación “más inteligente del nuevo mundo” era ya un cuerpo social rico y bien organizado, una “nacionalidad civilizada” que había servido de “vanguardia en el nuevo mundo” y que como centro del primer obispado de América fue la base para “la obra cristiana” en América:

En la fecha de la invasión norteamericana, hace ya treinta y tres años, constituíamos una comunidad fuerte y sana. La riqueza estaba bien dividida. Había trabajo en abundancia. El país producía casi todo lo que necesitaba. No existía deuda pública prácticamente. El gobierno general y los ayuntamientos contaban con substanciales reservas en metálico para afrontar cualquier crisis. Éramos un país rico de hecho y de nombre y era la alegría el patrimonio común de todos los puertorriqueños y de los extranjeros que con nosotros convivían.³⁸

³⁷ Albizu, “Discurso celebrado en homenaje en el Hotel Palace”, *El Mundo*, 19 de marzo de 1930, tomo I, p. 74.

³⁸ Albizu, “Declaración de la Junta Nacional”, *La Palabra*, 4 de noviembre de 1935, *ibid.*, tomo II, p. 123. El párrafo precedente lo hemos estructurado con citas de Albizu extraídas de los siguientes escritos: “Escrito”, *El Mundo*, 20 de diciembre de 1930; “Discurso en homenaje”, *El Mundo*, 21 de octubre de 1930; “Discurso en Ponce”, *El Mundo*, 19 de noviembre de 1930; “Discurso el día de la consagración de la bandera de Puerto Rico”, *El Mundo*, 12 de mayo de 1933, *ibid.*, tomo I, pp. 162, 174-175, 180, 254. “La huelga agrícola”, *El Imparcial*, 16 de enero de 1934; “La esclavitud azucarera”, *El Mundo*, 19 de enero de 1934; “La bandera de la Raza”, *El Mundo*, 30 de mayo de 1934, *ibid.*, tomo II, pp. 11, 15, 34.

La idea de la nación perfecta es un arma simbólica poderosa en la lucha del discurso nacionalista contra el discurso colonial. El modelo comparativo del “nosotros” y “los otros” ha dividido en dos el tiempo para afianzar las diferencias insalvables entre las dos esencias nacionales. En el pasado aparece colocada la nación en su clímax histórico de perfección; en el presente, aparece el colonialismo como reino de la barbarie. El albizuismo pone en práctica la inversión de la imaginaria colonialista dentro de un modelo igualmente esencialista y maniqueo que coloca, allí donde el discurso colonial localizaba la barbarie, la luz y allí donde éste pensaba el inicio de la Historia y del progreso, el desliz del pecado y la caída. La dominación norteamericana se presenta como el proceso de degeneración de una “gran nación de riqueza y de dignidad legendarias” en “el primer país de mendigos que haya pasado por la tierra”. Antes de la invasión la nación era “un imperio de riqueza” que en manos criollas servían de base económica a la “vieja felicidad colectiva” y ahora todo se hallaba amenazado.

Además de fundar la identidad mediante la estrategia de diferenciarnos del “otro significativo”, el mito de la nación perfecta cumple una función política como imagen integradora. En la fase de movimiento, la movilización de las clases y sectores sociales en un frente común se realizaba a través de este símbolo positivo y benévolo que acogía en su interior a todos. El nacionalismo es aquí una llamada a la acción política para una misión histórica: la de enfrentar el deterioro colectivo restaurando la vida cultural mediante la afirmación política de la personalidad. El mito debía devolver el orgullo enfrentando el pesimismo presente con el poder de una utopía esperanzadora de restauración nacional:

Puerto Rico era rico en nombre y en realidad; nuestra heredad cristiana había creado una familia modelo y una sociedad sólida; la nación figuraba a la vanguardia de la moderna civilización.³⁹

La imagen de la nación armoniosa ha sido enjuiciada por distintos estudiosos del pensamiento albizuista como un rasgo romántico y

³⁹ Albizu, “Las aspiraciones del Partido Nacionalista”, *El Mundo*, 25 de marzo de 1936, *ibid.*, tomo III, p. 64.

reaccionario propio de intelectuales tradicionales ligados a una clase señorial (o burguesa) desplazada históricamente; o bien como parte de un tradicionalismo conservador; o como un “espejismo” producto de la falta de conocimientos históricos o también como el resultado de que los nacionalistas del siglo XX no vivieron la fase histórica del XIX.⁴⁰ Sin embargo, estos juicios son más el producto de las ideologías que atraviesan nuevas metanarrativas fundacionales⁴¹ que un análisis del papel del mito en el interior del campo discursivo nacionalista. Los esfuerzos por racionalizar el mito y confrontarlo con una “historia verdadera” niegan exactamente su poder de interpelación. Como ha señalado Kolakowski, “el movimiento hacia el mito no es un saber, sino un acto de total y confiada aceptación que no experimenta ninguna necesidad de justificarse”.⁴² Su importancia no es su veracidad, y por tanto no apela a la Razón y a la evidencia científica, sino a su necesidad. El mito es una forma de tomar conciencia del mundo y de

⁴⁰ El juicio de romántico y reaccionario pertenece más a las interpretaciones ofrecidas por César Andreu Iglesias, Georg Fromm, Ángel G. Quintero Rivera y José Luis González. Manuel Maldonado Denis y Juan Ángel Silén lo consideran más propiamente un rasgo del conservadurismo de Albizu. Por su parte, el Taller de Formación Política cree en la tesis del “espejismo” pequeño-burgués y la falta de conocimiento histórico y Luis Ángel Ferrao es el que plantea el asunto como una cuestión generacional. Véase: César Andreu Iglesias, *Los derrotados*. España, Puerto, 1973 y *La lucha de independencia en la década del setenta*. Nueva York, mimeografiado, 1971; Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González*. Río Piedras, Huracán, 1977, pp. 96-121; Georg Fromm, “El nacionalismo y el movimiento obrero en la década del 30” en *Op. Cit.*, *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*. Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, núm. 5, (1990), pp. 51-52; Ángel G. Quintero Rivera, “Clases sociales e identidad nacional: notas sobre el desarrollo nacional puertorriqueño” en Ángel G. Quintero y otros, *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales*. Río Piedras, Huracán, 1979, p. 39; Manuel Maldonado Denis, “En torno a un libro sobre Puerto Rico”; “Pedro Albizu Campos (1891-1965): revolucionario puertorriqueño”; “Martí y Albizu Campos” en *Puerto Rico: mito y realidad*. Barcelona, Península, 1973, pp. 33-48, 155-207, 209-221; Del mismo autor, “Aproximación crítica al fenómeno nacionalista en Puerto Rico” en Susy Castor (coord.), *Puerto Rico, una crisis histórica*. México, Nuestro Tiempo, 1979, pp. 138-185; Juan Ángel Silén, *Hacia una visión positiva del puertorriqueño*. Río Piedras, Edil, 1972, pp. 87-93, 215-216; Benjamín Torres, “La conversación de José Luis González” (dos partes), *Claridad, En Rojo*, 29 de abril al 5 de mayo de 1977, pp. 12-13, 6 al 12 de mayo de 1977, pp. 12-13; Wilfredo Matos Cintrón, *La política y lo político en Puerto Rico*. México, Era, 1980; Taller de Formación Política, *La cuestión nacional: el Partido Nacionalista y el movimiento obrero puertorriqueño*. Río Piedras, Huracán, 1982, pp. 65-206 y *Pedro Albizu Campos: ¿conservador, fascista o revolucionario?* Río Piedras, Grafito, 1991, pp. 37-39; Luis Ángel Ferrao, *Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño*. San Juan, Cultural, 1990, pp. 88-89, 107.

⁴¹ Arturo Torrecilla, “Litecapitalismus Intelligentsia” en *El espectro posmoderno*. San Juan, Publicaciones Puertorriqueñas, 1995, pp. 69-148.

⁴² Kolakowski, *La presencia del mito*, p. 51.

la existencia y de resolver sus tensiones construyendo su significado. Al proveer sentido, éste hace posible la apropiación imaginaria del mundo y permite orientar la comunicación y la acción social. La imagen de la nación perfecta refiere a un tiempo-espacio originario ficticio que provee de orden y sentido a la temporalidad histórica profana elevando el período fundacional de la nación a momento sagrado cuya ejemplaridad sirve de guía a la voluntad colectiva en sus luchas presentes para realizar el destino nacional.⁴³ En este sentido, es necesario ver la nación perfecta como una imagen integradora indispensable en la problemática polémico-política del nacionalismo con el discurso colonialista y la realidad colonial. Más que “una de las grandes debilidades del albuzismo”,⁴⁴ se trata de un símbolo poderoso para subvertir el orden colonial. En la fase de movimiento, el discurso nacionalista sacraliza a la nación como un tiempo y espacio originario de perfección que sirve de modelo orientador y revitalizador de la voluntad política colectiva.⁴⁵

El nacionalismo radical albuzista es un discurso utópico que aspira a la reconciliación futura de la nación como un todo racional integrado donde sus diversos sectores conviven armoniosamente. Esta aspiración a la armonía futura se plantea como una posibilidad que nace de la toma de conciencia de un tiempo originario de felicidad colectiva. Para sostener la posibilidad de un futuro perfecto es necesario afirmar la existencia previa de un pasado perfecto. La utopía se liga aquí al mito porque sólo es posible presentar un proyecto “convinciente” si el mismo se sostiene como posibilidad de recuperación de algo ya acontecido. De aquí que la utopía como “futuro posible” se plantea como la imagen de un retorno que es el reencuentro con las

⁴³ Kolakowski señala: “El mito no posee fundamentos, no los necesita, y no porque no pueda poseerlos; es al contrario: no puede poseer ninguno porque no necesita ninguno. Nuestra orientación hacia el mito no es por lo tanto una búsqueda de informaciones, sino un situarnos a nosotros mismos respecto de un ámbito experimentado de tal manera que constituye la condición (no lógica, sino existencial) de nuestro aferrarnos al mundo y a la comunidad humana como al campo en el que crecen y se agotan los valores.” Véase *ibid.*, pp. 16, 63, 99, 108.

⁴⁴ Taller, *Pedro Albizu Campos: ¿conservador, fascista o revolucionario?*, p. 39.

⁴⁵ Véase: Mannheim, *Ideología y utopía*, pp. 35-36, 169-182. Ricoeur, *Ideología y utopía*; Clifford Geertz, *The Interpretation of Culture*. New York, Basic Book, 1973; James L. Clifford, “Introduction”, en Clifford y George E. Marcus (eds.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press, 1986.

fuerzas originarias fundacionales de la nacionalidad. Racionalista y moderno, el nacionalismo radical albizuista hace uso del mito del pasado paradisiaco no para proponer el retorno a viejas formas de sociedad sino para asegurar la posibilidad de una modernidad reconciliadora.

La imagen de la nación perfecta no hace de Albizu un intelectual tradicional obsesionado en reconstruir la hegemonía perdida de la vieja clase propietaria señorial desplazada por la vorágine modernizadora del capitalismo corporativo agrario. En su discurso, el mito del reino perdido no significa la elaboración de una concepción de mundo propia de clases precapitalistas que harían de él un intelectual tradicional,⁴⁶ como puede ser el caso de otros intelectuales atrapados por la nostalgia de la ruralía. La apología del pasado es parte de un discurso moderno con un claro proyecto modernizador que se hace manifiesto en su problemática. La idealización del pasado no es una propuesta de regreso o de inversión del tiempo. Restaurar debe entenderse, como ha señalado Eliade para explicar los rituales de los mitos cosmogónicos, como una reactualización del tiempo originario indispensable para dar paso a un nuevo mundo, es decir, a una nueva fase histórica nacional. La nación perfecta, este tiempo-espacio originario sagrado, es un lugar de fundación y regeneración que como modelo ejemplar debe ser reactualizado a través de rituales conmemorativos para poder emprender las luchas del presente y el futuro poscolonial. Reactualizar el espacio y el tiempo originario hace posible superar el tiempo profano o histórico del colonialismo y dar inicio a una nueva fase nacional abierta a múltiples oportunidades.⁴⁷ La nación integrada es una representación compatible con el proyecto modernizador de este intelectual moderno que funciona como una representación integradora de las fuerzas sociales y como un arma de crítica con la cual el nacionalismo en su fase de movimiento enfrenta intelectual y políticamente el discurso imperial y la realidad colonial.

⁴⁶ Gramsci utiliza el concepto de intelectual tradicional para referir al grupo que organiza la cultura de clases y sociedades precapitalistas. Véase *Los intelectuales y la formación de la cultura*.

⁴⁷ Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, pp. 73-76, 81-84; del mismo autor, *Mito y realidad*. pp. 147-149, 153-154, *Obras escogidas...*, tomo II, p. 51.

Las divisiones en este mundo armonioso eran forzadas por fuerzas ajenas o grupos preocupados por sus intereses particulares. La política y los partidos, así como los grupos de interés y los individuos inescrupulosos intentaban fragmentar lo indivisible y debían ser rechazados con la práctica ejemplar de los patriotas dispuestos al sacrificio redentor. En el imaginario nacionalista, la nación perfecta era el contramito de la "leyenda negra" del discurso imperialista norteamericano y del anexionismo puertorriqueño que rechazaba, al mismo tiempo, los discursos políticos e intelectuales que presentaban la crisis del país como un producto de las diferencias internas de sus grupos sociales y étnicos. Para Albizu, cualquier teoría que pretendiese organizar a la nación sobre criterios como la lucha de clases o las diferencias raciales estaba condenada a un fracaso estrepitoso. Frente a un enemigo poderoso sólo una gran utopía podía reafirmar la nación, devolver el orgullo nacional a la población y establecer los lazos de solidaridad indispensable para su restauración.⁴⁸

Un error compartido por muchos estudiosos del nacionalismo es pensar que el modelo orgánico de la nación corresponde exclusivamente a la tradición del pensamiento romántico. De suerte que toda concepción organicista resultaría ser una manifestación romántica que descuida las contradicciones y las luchas que caracterizan toda sociedad concreta. En verdad, la idea de la nación como un cuerpo integrado forma parte de la teoría política moderna y es en ese sentido una imagen liberal ilustrada. La nación, como un todo armoniosamente integrado, forma parte del pensamiento liberal de la sociedad cuando sostiene que el contrato social, la nación, es la transmutación del interés individual en bienestar común realizado mediante códigos culturales que permiten la cohesión social. El mercado equilibrado, la sociedad integrada y la nación perfecta son pues tres imágenes que distintas disciplinas intelectuales liberales han elaborado sobre la modernidad capitalista. El pensamiento nacionalista forma parte de esa tradición política ilustrada moderna cuando piensa la nación como un cuerpo integrado ya sea por medio de la voluntad o de los elementos culturales objetivos. En este sentido, la imagen de la nación perfecta

⁴⁸ Albizu, "Importante acto político", *El Mundo*, 31 de enero de 1923 en *Obras escogidas...*, tomo I, p. 13.

que desarrolla Albizu resulta afín a su concepción liberal del orden político y no puede interpretarse como un rasgo romántico-conservador de su pensamiento.

Por otro lado, esta imagen de la nación como un todo integrado no debe hacernos concluir que el pensamiento liberal es incapaz de reconocer la lucha de clases. Lo propio del pensamiento liberal es reconocer la existencia de las clases y sus luchas como diferencias que pueden reconciliarse, negando su antagonismo.⁴⁹ Albizu conocía las contradicciones y tensiones que a lo largo de la historia habían caracterizado la sociedad puertorriqueña. Pero para él, las luchas y las diferencias no habían impedido la formación nacional y habían sido superadas por la acción social y la fusión cultural de la población. La nación perfecta es la imagen liberal moderna de una sociedad reconciliada material y espiritualmente.⁵⁰

En resumen, para Albizu, la nación es un producto histórico que combina condiciones materiales y espirituales, objetivas y subjetivas, políticas y culturales en la formación de una identidad colectiva. La realización de esta síntesis produce un estado superior del "alma", un salto cualitativo de la espiritualidad, que trasciende las diferencias étnico-sociales mediante la formación de una sensibilidad colectiva de solidaridad y homogeneidad. En este sentido, la homogeneización es más espiritual que material y consiste de la creación de un "sentido" de comunidad que posibilita a un pueblo para que supere sus diferencias internas y para que asuma como deseo o voluntad el proyecto histórico de organizarse como cuerpo político soberano.

⁴⁹ Chatterjee, *Nationalist Thought...*, caps. 1 y 2; Mannheim, *Ideología y utopía*, pp. 192-200; White, *Metahistoria*, pp. 32-36; G. Mairet, "El liberalismo" en Francois Chatelet (comp.), *Historia de las ideologías*. México, Red de Jonas, 1981, 3 tomos, III, pp. 116-140; Ernesto Laclau, "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política" en Julio Labastida (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México, Siglo XXI, 1985, pp. 19-44.

⁵⁰ Es importante tener presente que Albizu sostiene una concepción liberal del Estado y de la relación Estado/clase y Estado/nación. Por otro lado, para él la nación no precede necesariamente al Estado. Su perspectiva liberal lo hace partícipe de la concepción de la nación como un fenómeno histórico moderno que puede organizarse antes del Estado (caso de Puerto Rico), o a partir del Estado (caso de Estados Unidos y otros países europeos). Los estudiosos que sostienen que el nacionalismo considera siempre a la nación como un ente natural ahistórico que precede al Estado han confundido diversos tipos de nacionalismo reduciéndolo a una sola de sus versiones y creando así la falsa imagen de que se trata de un campo discursivo homogéneo.

En el espacio de su problemática, combatiendo contra los diversos relatos que organizan el discurso colonial-imperialista y contra otros relatos que afirman e “inventan” la nación, el albuzismo construye la imagen de un cuerpo social realizado históricamente y firme en su cohesión socio-cultural. Para la realidad material de la nación, el relato albuzista elabora el proyecto de una economía capitalista armoniosa, dominada por la presencia de pequeños propietarios, en donde las diversas clases modernas pueden coexistir reconciliando sus diferencias. Para guiar este proceso es necesario organizar un Estado moderno interventor que bajo forma republicana servirá de guardián del bien común: el estado-nación independiente. Por otro lado, en el espacio de su temática, su relato define la dimensión espiritual combinando elementos modernos y tradicionales para concluir que la nación ha tenido su continuidad inquebrantable en el tiempo histórico y que las hazañas del pasado, momento fundacional del Ser íntegro y perfecto, son las cartas de presentación para enfrentar con “valor y sacrificio” el presente y esperar con optimismo y entusiasmo el porvenir poscolonial.